

# **Martín Miguel de Güemes y las operaciones de desgaste. Su contribución a la gesta sanmartiniana**

CY MG. GABRIEL ANÍBAL CAMILLI (DIRECTOR ESGC - DECANO FMC)

## **Introducción**

El estudio y análisis de las operaciones militares que se han llevado a cabo a lo largo de la historia constituyen, para la defensa de una nación y los oficiales que componen sus Fuerzas Armadas, una de las fuentes de enriquecimiento intelectual y aprendizaje. Estudiando las campañas del pasado se llena, en parte, el vacío que sufre la preparación de las fuerzas militares en tiempos de paz, dado que se carece de práctica profesional en las exactas condiciones que determinan la guerra en general y el combate en particular. La importancia de la historia militar es entonces muy grande. Comprende los diversos órdenes de conocimientos militares y afines, de tal forma que no solo trae luces sobre la conducción estratégica y la táctica, sino también sobre organización, armas, tecnología, procedimientos, técnica, instrucción, influencia del estado moral y físico, papel del factor terreno, etc. Su valor aumenta aún más si consideramos la ventaja de adquirir, con su estudio, el hábito de adoptar decisiones y su benéfica acción como disciplina de ilustración general y como entrenamiento mental que, madurando el juicio, forma el espíritu crítico y lleva a una mayor capacidad de apreciación también desde el punto de vista de los acontecimientos políticos, económicos y sociales de magnitud histórica.

Siguiendo esta línea de pensamiento, tendiente a aprovechar la experiencia indirecta que nos aporta el estudio de la historia militar, nos proponemos efectuar un sencillo aporte al análisis de las operaciones de desgaste que “plantea al enemigo una guerra generalizada diferente, de mayor duración, sin frentes consolidados ni empañamiento masivo y abierto de fuerzas militares convencionales”, como lo determina el Proyecto de Doctrina del Ejército Argentino para las Operaciones de Desgaste. Su

análisis busca dar respuesta a “un escenario de ocupación del propio territorio por un enemigo significativamente superior, cuya intención sea ejercer el control de los recursos naturales y/o espacios geoestratégicos vacíos propios, en el marco de organismos internacionales o en forma unilateral”. Consideramos a las operaciones de desgaste como una serie de acciones bélicas que tienen como objeto contribuir al éxito de las operaciones propias y perturbar las del adversario. En numerosos ejemplos de la historia han constituido la manifestación violenta de un pueblo contra la ocupación de su territorio por el invasor. Y esto es lo que ocurrió en el actual noroeste argentino durante la etapa de las guerras de independencia con Martín Miguel de Güemes y sus milicias gauchas como principales protagonistas.

## **Antecedentes**

En el Alto Perú y el actual norte argentino las fuerzas irregulares, formadas por milicias y gauchos, hostilizaron sin tregua a los vencedores de los ejércitos napoleónicos, llevando a su frente a bravos capitanes de la talla de Gavino Saravia y Luis Burela, que respondían al general Martín Miguel de Güemes, heroico defensor de la soberanía y mártir de la libertad. Este líder de la guerra gaucha detuvo completamente el avance de los realistas, en varias oportunidades con ejércitos de una magnitud ampliamente mayor al propio Ejército de los Andes, aplicando sus tácticas de guerra de desgaste.

Martín Miguel de Güemes nació en Salta el 8 de febrero de 1785. Estudió en Buenos Aires, en el Real Colegio de San Carlos. A los catorce años ingresó la carrera militar y participó en la defensa de Buenos Aires durante las invasiones inglesas como edecán de Santiago de Liniers. En esas circunstancias fue protagonista de un hecho insólito: la captura de un barco por una fuerza de caballería en 1806. Una violenta bajante del Río de la Plata había dejado varado al buque inglés *Justine*. Santiago de Liniers ordenó atacar el barco a un grupo de jinetes al mando de Güemes, que no dudó en meter los caballos en el río, que tenía en esos momentos unos 40 cm de profundidad, y obligar a la sorprendida marinería a rendirse. Iniciada la Revolución de Mayo, se incorporó a la primera campaña auxiliadora al Alto Perú y formó parte de las tropas victoriosas en Suipacha. Posteriormente regresó a Buenos Aires y colaboró en el sitio de Montevideo. Sin embargo,

Güemes no olvidaba su Salta natal, a la que volvió definitivamente en 1815. Gracias a su experiencia militar, pudo ponerse al frente de la resistencia contra los realistas, organizando a los vecinos de Salta y militarizando la provincia. El 15 de mayo de 1815 fue electo gobernador, cargo que ejerció hasta 1820. Las fuerzas a su cargo contaban con una serie de ventajas:

- Amplio conocimiento del terreno.
- Gran movilidad ya que estaban provistos de excelentes caballadas.
- Oficiales locales que conocían bien su “pago chico” y que tenían un gran ascendiente entre la población local que los apoyaba mayoritariamente.
- Güemes favorecía mucho la iniciativa individual, coordinando y liderando el esfuerzo de guerra, pero dando también mucha libertad de acción a sus subordinados.

Después de la elección de Güemes como gobernador, lo que permitió –al igual que ocurrió con José de San Martín en Cuyo– unificar la autoridad política y militar, inició sus sesiones el Congreso de Tucumán que designó como Director Supremo a Juan Martín de Pueyrredón. El nuevo titular del Poder Ejecutivo viajó a Salta a pesar de las críticas y sospechas de muchos porteños que dudaban de la capacidad militar de Güemes y sus gauchos. J. M. de Pueyrredón quedó tan conforme con el desempeño de las milicias que ordenó que el Ejército Auxiliar del Alto Perú, siguiendo los consejos del general José de San Martín, se retirara a Tucumán para formar la retaguardia y que se ascendiera al caudillo salteño al grado de coronel mayor a cargo de la vanguardia. San Martín apoyó la decisión de Pueyrredón y confirmó los valores militares y el carisma de Güemes, confiándole la custodia de la frontera norte mientras él organizaba el Ejército de los Andes en Cuyo, seguro de que los realistas no podrían accionar contra él por la seguridad que brindaba Güemes.

Debemos considerar que el Ejército Auxiliar del Alto Perú en 1816, al mando del general Manuel Belgrano, llevaba a cabo una guerra convencional y utilizaba una estrategia operativa que enmarcaba y complementaba a la doctrina operacional aplicable a la guerra convencional, proporcionándole un nuevo enfoque y adaptándola a las particularidades de los riesgos y amenazas visualizados. Las operaciones a cargo del general Güemes fueron la respuesta operacional de una fuerza más débil frente a un enemigo mucho más poderoso, excelentemente equipado y entrenado. Este enfrentamiento se caracterizaba por la existencia de una abrumadora disparidad cuantitativa y cualitativa de fuerzas y poder de combate. Esto imposibilitaba una confrontación clásica abierta y directa de acuerdo a los parámetros de una guerra convencional al estilo europeo. Las milicias sal-

teñas y jujeñas se enfrentaban a fuerzas regulares, en la mayor parte de los casos veteranos de años de guerra contra los mejores ejércitos de Europa, como eran los napoleónicos. Vencido Napoleón Bonaparte en España y Rusia, los regimientos que habían luchado en la península Ibérica fueron enviados por Fernando VII para recuperar el dominio de sus antiguas colonias. Desembarcados en las costas peruanas, fueron enviados contra las unidades de Simón Bolívar y para reforzar los contingentes realistas en Chile y el Alto Perú.

## **Güemes, barrera inexpugnable en el norte**

La breve experiencia de San Martín al mando del Ejército Auxiliar del Alto Perú, la observación del terreno, el fracaso de las dos primeras expediciones al Alto Perú, las lecciones de la guerra irregular del pueblo español contra los invasores franceses, los aprendizajes obtenidos en Europa en las tácticas de guerra en la montaña y el gran caudal de información brindado por el general Manuel Belgrano convencieron a José de San Martín de que el camino para terminar con el centro del poder realista en América del Sur –Lima– no podía ser a través del antiguo camino real que conectaba el actual noroeste argentino con el Alto Perú y desde allí a Lima. Es desde el momento en que estuvo al frente del comúnmente llamado Ejército del Norte que San Martín comenzó a organizar la ejecución del Plan Continental. La concepción estratégica de San Martín incluyó:

Una actitud defensiva estratégica en la frontera norte, con las fuerzas indispensables utilizando las operaciones de desgaste del general Güemes y sus fuerzas irregulares.

Una ofensiva estratégica con el Ejército de Los Andes, seguida por una ofensiva táctica para aniquilar a los realistas en Chile, en lo posible, en una sola batalla.

Posteriormente, una ofensiva con el Ejército Auxiliar del Alto Perú, en coordinación con las operaciones en el teatro del Pacífico para obligar a los realistas, muy superiores en número, a dividir sus fuerzas.

Una expedición por mar al Perú para apoderarse de Lima, centro del poder español en América del Sur, y así lograr la destrucción de las fuerzas militares realistas. Previamente era necesario lograr el dominio del océano Pacífico, teniendo en este aspecto un rol muy relevante las operaciones de los corsarios.

## Plan Continental



Al igual que el general José de San Martín, el general Manuel Belgrano valoraba la acción de Güemes. De esta forma nació entre ellos una gran amistad. Güemes le escribía a su amigo en una carta:

*Hace UD muy bien en reírse de los doctores; sus vocinglerías se las lleva el viento. Mis afanes y desvelos no tienen más objeto que el bien general y en esta inteligencia no hago caso de todos esos malvados que tratan de dividirnos. Así pues, trabajemos con empeño y tesón, que, si las generaciones presentes nos son ingratas, las futuras venerarán nuestra memoria, que es la recompensa que deben esperar los patriotas.*

Por su parte, M. Belgrano le escribió el 24 de enero de 1817:

*A sus cinco mil y tantos puedo puedo yo oponerle, contando con que V. sea acompañado, siquiera de dos mil hombres, una fuerza de ocho a nueve descansadamente, si así como puedo hacerlo en estos países, nuestros paisanos estuvieran imbuidos de lo que es espíritu de Nación, y no reducida su idea de Patria a sólo su lugar, y cuando más su Provincia, y quisieran seguirme. Yo aseguro a V. que nada tendríamos que trabajar para ir arrollando a ese canalla, casi sin tirar una bala, pero todavía es muy temprano paa que el espíritu nacional haga sus efectos, y conozco que debe ir por grados. (Weinberg, 2001, p. 312)*

Desde 1816, sabedores de los preparativos del general San Martín en Cuyo, las autoridades realistas en Perú organizaron un gran ejército destinado a invadir el norte argentino, avanzar hasta Cuyo y destruir a las fuerzas sanmartinianas, o, si estas lograban el cruce de la cordillera de los Andes, obligarlas a repasar la cadena montañosa para defender Cuyo y Córdoba. Se trataba de una fuerza de 7000 hombres integrada por los batallones Gerona, Húsares de Fernando VII y Dragones de la Unión, entre otros. Eran veteranos, vencedores de los mejores ejércitos europeos. Güemes puso a la provincia en pie de guerra organizando un verdadero ejército popular convocando a las milicias dirigidas por los caudillos locales. No podía mantenerse una fuerza veterana nutrida permanentemente debido al gasto que esto generaba. De esta forma, de manera similar a lo que ocurre con la reserva actualmente, los vecinos realizaban su vida habitual y cuando eran convocados dejaban el arado, el taller, el negocio o la actividad que realizaran, tomaban las armas y respondían a la convocatoria. Lo que actualmente se llama “cuerpo permanente” era entonces una fuerza conocida como “veteranos”, muy aguerrida e instruida, pero reducida en número.

Después de pacificar el Alto Perú, con una política más tendiente a ganar los corazones de la población que a someterla a sangre y fuego, La Serna lanzó la operación a fines de 1816. Rápidamente se encontró con la guerra de desgaste liderada por Martín Miguel de Güemes. Esta consistía básicamente en:

-Atacar constantemente a los realistas durante las marchas, de tal forma de obligar a estar en estado de alerta constante de día y de noche, impidiendo el descanso y desgastándolas tanto física como mentalmente.

- Retirar el ganado y destruir las cosechas para evitar que pudieran abastecerse en el terreno.
- Atacar permanentemente sus bases logísticas intermedias, cortando las comunicaciones e impidiendo o dificultando la llegada de refuerzos, alimentos, municiones y pertrechos.
- Cuando lograban tomar alguna ciudad o poblado importante, sitiárselos privándolos de alimentos y atacar a las partidas que salían de dichos lugares en búsqueda de suministros.
- Atacar a las unidades enemigas cuando, por acción del desgaste, emprendían el repliegue hacia sus bases.

El valor de estas fuerzas irregulares quedó sintetizado en una carta que uno de los subordinados de Martín Miguel de Güemes, el comandante Francisco de Uriondo, le envió al general José de la Serna el 27 de diciembre de 1816:

*Los gauchos son, señor excelentísimo, los que tuvieron parte en la rendición de la plaza de Montevideo, guarnecida con cerca de seis mil hombres, casi todos de españoles de bigote, fornidos y robustos, como los que acompañan a vuestra excelencia. Los gauchos son los que derrotaron en el Tucumán al ejército grande de Goyeneche, que atacando aquella plaza en el número de cinco mil hombres al mando de Tristán, pidió misericordia, y aprendió a rezar la magnífica para libertarse de otra semejante tempestad. Los gauchos son los que forzaron al señor Pezuela antecesor de vuestra excelencia a abandonar las plazas de Salta y Jujuy, haciéndole componer un papel tan lastimero, que lo dirigió a su antecesor el señor Abascal, que se equivocaba en sus ternuras con las funestas lamentaciones de Jeremías... Desengáñese pues vuestra excelencia, que los gauchos no merecen tan ridículo concepto, como el que me previene vuestra excelencia; y aunque no fueran bastantes para sacudirlo a vuestra excelencia de esta suma equivocación, los anteriores ejemplares que prevengo, sean al menos la doctrina del antiguo adagio de no encontrarse enemigo más pequeño. (Senado de la Nación Argentina, 1963, p. 80)*

En esta comunicación se sintetiza el rol cumplido por el gauchaje patrio en las grandes gestas libradas hasta ese momento. La Serna había escrito al virrey del Perú que en unos meses estaría en Buenos Aires. En pocos días experimentaría en carne propia la certeza de las palabras de Uriondo.

El 1 de marzo de 1817 Güemes logró recuperar el poblado de Humahuaca y se dispuso a esperar la invasión que avanzaba hacia Jujuy. La estrategia de Güemes se basó en una aparente retirada con tierra arrasada, pero con un permanente hostigamiento al enemigo con tácticas guerrilleras. Estas acciones a su vez repercutían en Chile, al obligar a los realistas del Perú a dividir sus fuerzas en Perú mismo, limitando la cantidad de refuerzos que podían enviar a Chile para enfrentar al Ejército de los Andes. El 3 de marzo, el general Belgrano le escribió a Güemes:

*Soy con V, de ir a la segura y es bajo ese pie que hemos de marchar, porque tampoco necesitamos perder sangre para destruir los enemigos. El cerco en que ellos van a verse los han de obligar a rendirse y dejarnos para siempre en tranquilidad. Importa mucho que tenga V. una fuerza destinada a perseguirlos, caso de retirarse que los alarme en las marchas y los incomode de firme en sus campamentos de noche. Las alturas de la Quebrada tomadas por buenos baqueanos y tiradores pueden darles mucho que hacer, tanto más, cuanto en ese caso deben ir con los ánimos abatidos. Yo pienso que no deben tardar en moverse luego de que confirmen del suceso de Chile, porque sus planes han venido a tierra completamente. (Weinberg, 2001, p. 513)*

En estas condiciones las fuerzas de De La Serna, muy desgastadas, llegaron a Salta el 16 de abril de 1817. El boicot de la población salteña fue absoluto y las tropas sufrieron permanentes ataques sorpresivos, siendo constantemente hostigados y privados del acceso a los víveres, de tal forma que, cuanto más grandes eran los ejércitos enemigos, más difíciles eran de sostener. El general español comenzó a preocuparse y sus tropas empezaron a desmoralizarse, dado que cada vez que se aventuraban en las afueras de la ciudad en busca de alimentos eran atacadas. Mientras tanto llegaron noticias desalentadoras para los realistas desde Chile, confirmando la victoria del ejército patriota en la cuesta de Chacabuco. Desde la retaguardia en Tucumán, el general M. Belgrano apoyaba activamente las acciones de M. M. de Güemes. El 3 de mayo de 1817 le escribió:

*Hoy deben salir 10.000 cartuchos, papel, aceite, fierro, acero y lacre. Los caballos fueron 200 por Saucos y 100 por el Brete; porque aquéllos que habían salido de las Trancas cuando llegó mi orden. Dígame V. si son buenos, pues he mandado se remitiesen de los mejores que tengo míos, es decir, del Ejército. Ayer me dijo*



*el Gobernador que andaba incitando a los salteños que hay por aquí para que le enviase a V. 200 buenos, se entiende, comprándolos; no sé lo que saldrá. (Weinberg, 2001, p. 539)*

Hostigado, sitiado en Salta y Jujuy, con sus fuerzas padeciendo el hambre, con sus líneas de comunicación cortadas por las operaciones de desgaste de Güemes, De La Serna decidió emprender la retirada hacia el Alto Perú. La persecución fue implacable:

*Todos los accidentes del terreno que contribuyen a dificultar el desenvolvimiento de los realistas, actúan como factores de pro para los gauchos, que unas veces aparecen en grupo y otras veces individualmente, para cargar sobre los flancos de la columna enemiga, haciendo fuego con sus armas, para luego desaparecer entre la selva, que le pican constantemente la retaguardia; que le disputan el cruce de los ríos, que no podrán evitar en última instancia, pero que causa demoras y bajas incalculables a un enemigo que tiene la urgencia de llegar a su destino, y al que no le dejan en paz ni de día ni de noche (...). Así, por ejemplo, mientras que los españoles comienzan su tercer día de marcha –15 de abril de 1817–, se produce una aparente calma en el ataque del enemigo, pero cuando están aproximándose a La Caldera, todas las partidas de gauchos, que han actuado en forma dispersa, se reconcentran para atacar de frente a la columna invasora, como si estuviesen dispuestas a disputar el paso en un combate frontal. (Newton, 1986, p. 105)*

Leopoldo Lugones inmortalizó la naturaleza de las acciones en su célebre obra *La Guerra Gaucha*:

*El rayo de Dios y de la Patria, realizando el conjuro, castigaba la impiedad del enemigo y marchaba, a guisa de sable predecesor, con sus batallones de nubes y de artillería de aerolitos, a huracán desplegado y trueno batiente. Aquellos soldados maniobraban tácticamente bajo el dosel de fuego, con tan heroica temeridad, que los cerros lejanos decían ¡bien! bajo sus embazos de nieve. (1957, p. 113)*

Las victorias de San Martín en Chile y las de Güemes en el norte generaron la idea de emprender la ofensiva común del Ejército Auxiliar del Alto

Perú acantonado en Tucumán a las órdenes de M. Belgrano y los gauchos salteños hacia el Alto Perú, con el fin de obligar a los realistas a dividir sus fuerzas para enfrentar la amenaza que se presentaba desde dos frentes, a los que había que agregar la de los caudillos altoperuanos mediante la llamada “guerra de partidarios”. Lamentablemente, las circunstancias de la guerra obligaron a una modificación radical de los planes. La partida de San Martín hacia Lima se demoró en Chile hasta agosto de 1820 por la falta de apoyo de las autoridades de Buenos Aires, derivada del estado de guerra civil que resultó en la caída del Directorio. En el marco de este proceso, el general M. Belgrano fue convocado por el Directorio para combatir a los artiguistas de Santa Fe. El delicado estado de salud lo obligó a pedir licencia y trasladarse a Buenos Aires, donde falleció el 20 de junio de 1820. El Ejército Auxiliar del Alto Perú, al mando del general De la Cruz, comenzó la marcha desde Tucumán, pero en la posta de Arequito se sublevó y se disolvió. Güemes y sus gauchos estaban otra vez solos frente al ejército español que presionaría sobre el norte argentino para obligar a las fuerzas del general San Martín a dividirse enviando unidades para repeler el ataque.

El panorama de la provincia de Salta era desolador. La guerra era permanente, los campos arrasados y la interrupción del comercio con el Alto Perú habían dejado a la provincia en la miseria. Así lo cuenta Güemes en una carta a Belgrano:

*Está provincia no me representa más que un semblante de miseria, de lágrimas y de agonías. La nación sabe cuántos y cuán grandes sacrificios tienen hechos la provincia de Salta en defensa de su idolatrada libertad y que a costa de fatigas y de sangre ha logrado que los demás pueblos hermanos conserven el precio de su seguridad y sosiego; pues en premio de tanto heroísmo exige la gratitud que emulamos de unos sentimientos patrióticos contribuyan con sus auxilios a remediar su aflicción y su miseria.*

En 1820, la lucha entre las fuerzas directorales y los caudillos del Litoral llegó a su punto culminante con la victoria de los federales en Cepeda. En ese marco, se produjo una nueva invasión realista con el fin de obligar a dividir a las fuerzas del general San Martín que estaban a punto de lanzarse sobre el Perú. En febrero, el general Canterac ocupó Jujuy y a fines de mayo logró tomar la ciudad de Salta. San Martín, desde Chile, el pidió a Güemes que resistiera y le reiteró su absoluta confianza. Nuevamente las fuerzas de Güemes libraron una guerra de desgaste que, tras sufrir grandes penurias, obligaron a las unidades de Canterac a retirarse.

El año 1821 fue sumamente duro para Güemes porque a la amenaza de un nuevo ataque realista se agregaron los problemas derivados de la guerra civil. Güemes debía atender dos frentes militares: al norte, los contrarrevolucionarios, y al sur, el gobernador de Tucumán, Bernabé Aráoz, que, aliado a los terratenientes salteños, hostigaba permanentemente a Güemes. El Cabildo de Salta, dominado por los sectores conservadores que veían sus intereses perjudicados por la guerra, aprovechó la ocasión para deponer a Güemes de su cargo de gobernador. Sin embargo, a fines de mayo Güemes irrumpió en la ciudad con sus gauchos y recuperó el poder. Todos esperaban graves represalias, pero estas se limitaron a aumentar los empréstitos forzosos a sus adversarios. Estas divisiones internas debilitaron el poder de Güemes y facilitaron la penetración española en territorio norteño.

En marzo de 1821 La Serna ordenó una nueva invasión al norte. Olañeta y Marquiegui fueron puestos al mando del ejército realista. Las fuerzas del general Valdez avanzaron sigilosamente por el camino del Despoblado e ingresaron sorpresivamente a la ciudad de Salta el 8 de junio de 1821. Sus tropas rodearon la manzana donde se encontraba la casa de Güemes. El caudillo de caudillos intentó abandonar la ciudad, pero fue sorprendido por una de las partidas de Valdez que lo hirió. Llegó gravemente herido a su campamento de Chamental con la intención de preparar la novena defensa de Salta. Reunió a sus oficiales y les transfirió el mando y dio las últimas indicaciones. Murió el 17 de junio de 1821 en la Cañada de la Horqueta.

Es justicia recordar que las operaciones de desgaste que llevaron a cabo los gauchos argentinos presentan la curiosa característica de que, entre sus filas, se batieron también mujeres estupendas, como la teniente coronel Juana Azurduy, esposa de Asensio Padilla; María Magdalena Damasa Güemes de Tejada, hermana del General y Andrea Zenarruza, perteneciente a una tradicional familia jujeña, quienes, cual nuevas Amazonas, empuñaron la lanza para cargar al lado de sus hombres con el mismo ímpetu y desprecio a la muerte.

## **La guerra de las republiquetas en el Alto Perú**

Martín Miguel de Güemes y sus milicias gauchas no lucharon solos. Luego de las derrotas en Vilcapugio y Ayohuma, pero en particular después del desastre de Sipe Sipe en 1815, la situación en el Alto Perú se tornó muy compleja para los caudillos locales. El poder realista impuso un terror

desenfrenado como norma para la “pacificación” de la revolución altoperuana donde las masas indígenas representaban un serio peligro para el poder absolutista. Decenas de miles de paisanos fueron pasados por las armas o murieron en combate. Ciento cinco caudillos altoperuanos libraron la Guerra Gaucha. “La Guerra de las Republiquetas” la denominó Bartolomé Mitre en su historia oficial, para no usar la palabra montonera, pues su gobierno se enfrentaba a las montoneras federales, utilizando contra las poblaciones federales el paso a degüello de la misma manera que los realistas. Fue la mayor guerra de desgaste del continente americano entre 1810 y 1825. De los 105 jefes solo sobrevivieron nueve al finalizar la guerra. La mayoría moriría en combate o sería ejecutada por Abascal y Pezuela. Sus cabezas serían clavadas en picas en las plazas de los pueblos para escarmiento popular. La guerra de partidarios –partisanos– montoneros o de recursos, la guerrilla del Alto Perú y la de Güemes en Salta, fueron fomentadas por el general San Martín, que conocía estas tácticas porque las había visto aplicarse en España durante la ocupación de las fuerzas napoleónicas. Pocos saben que esta guerra sería el ejemplo que tomarían los patriotas italianos, franceses, yugoeslavos, rusos, bielorrusos, ucranianos y griegos para luchar contra la ocupación alemana en la Segunda Guerra Mundial. Al mismo tiempo, en el Alto Perú los caudillos sublevaron a las poblaciones, logrando el control en desmedro de los españoles. Cada caudillo se convirtió en jefe militar y político apoyado por las poblaciones de los distritos revolucionados. Cada “republiqueta” se armó con el objeto de estorbar el accionar realista, y persistió hasta la completa caída de las huestes españolas en la zona el 9 de diciembre de 1824 en la batalla de Ayacucho, último gran enfrentamiento por la independencia de América del Sur.

Durante la invasión de 1817, en la que tan destacada participación para neutralizarla tuvieron las milicias de Güemes y que tan importante fue para la materialización del plan sanmartiniano, De La Serna se estableció inicialmente en Tupiza, mientras una partida del coronel tucumano Gregorio Aráoz de la Madrid tomaba Tarija y amenazaba Chuquisaca, incentivando la resistencia de las republiquetas. Las guerrillas de Lamadrid y los caudillos altoperuanos complicaron las líneas logísticas de abastecimiento de los realistas desde el Perú hasta el norte argentino, contribuyendo mediante las operaciones de desgaste al fracaso de esta campaña destinada a obligar al Ejército de los Andes a distraer fuerzas para reforzar el frente norte y evitar la campaña sanmartiniana a Chile.

La misma situación se produjo a partir de 1820 en Perú. Los caudillos altoperuanos contribuyeron a que los realistas no pudieran concentrar todos sus efectivos en un centro de gravedad, dividiendo sus fuerzas y per-

mitiendo con más soltura las acciones desde la costa y la sierra, donde el general Antonio Álvarez de Arenales dirigió la primera campaña para insurreccionar a las poblaciones. De esta forma la campaña sanmartiniana se apoyó en cuatro grandes ejes:

- Las operaciones anfibas de su escuadra y ejército sobre la costa, presionando desde el oeste.
- Las operaciones del general A. Álvarez de Arenales en la sierra para insurreccionar a las poblaciones y amenazar Lima desde el este.
- Las acciones de los caudillos altopereanos en el sur, distraendo importantes contingentes realistas que no podían operar contra las unidades del general San Martín.
- Las operaciones de las milicias gauchas de M. M. de Güemes, desde el norte argentino y con el Ejército Auxiliar del Alto Perú, para defender el norte de las Provincias Unidas y amenazar con lanzar una ofensiva para, al igual que los caudillos altopereanos, distraer grandes masas de tropas, privándolas de accionar contra los efectivos sanmartinianos

## **Conclusión**

La guerra de desgaste llevada adelante en el actual norte argentino por las fuerzas del general M. M. de Güemes, y por los caudillos altopereanos en el actual territorio de la República de Bolivia, produjeron un notable efecto sobre las fuerzas realistas. A pesar de tratarse de milicias y fuerzas irregulares enfrentaron con éxito a unidades muy experimentadas, veteranas de las guerras europeas. Esto, además de generar una enorme pérdida de valiosos recursos, obligó a los realistas a dividir sus fuerzas, sustrayéndolas de los frentes, primero de Chile y posteriormente del Perú, contribuyendo significativamente al desarrollo de la gesta sanmartiniana en América del Sur.

## Bibliografía

- Biondo, E. (1989). *Alto Perú. Insurrección, libertad e independencia*. Buenos Aires: Rivolin Hermanos.
- Colegio Militar de la Nación (1973). *Atlas histórico-militar*. Buenos Aires: Ejército Argentino.
- García Camba, A. (1946). *Memoria para la historia de las armas realistas en el Perú*. Madrid: Sociedad Tipográfica de Hortelano y Cía.
- Ibarguren, C. (1950). *San Martín íntimo*. Buenos Aires: Peuser.
- Lugones, L. (1957). *La Guerra Gaucha*. Buenos Aires: Centurión.
- Mitre, B. (1946). *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*. Buenos Aires: La Nación.
- Newton, J. (1986). *Güemes. El caudillo de la guerra gaucha*. Buenos Aires: Plus Ultra.
- Senado de la Nación Argentina (1963). *Biblioteca de Mayo. Colección de Documentos para la Historia Argentina* (Tomo XV). Buenos Aires: Imprenta del Congreso Nacional.
- Weimberg, G. (2001). *Epistolario belgraniano*. Buenos Aires: Taurus.